

NOTAS SOBRE EL ARTE

Por Héctor Incháustegui Cabral

La obra de arte es, en muchísimos aspectos, el testimonio de una búsqueda. El artista procura, a través de ella, encontrarse, hallarse en su propia expresión.

Pero el artista no es un hombre sin relación con los hombres, alguien que ha cortado las vías de comunicación con los demás. Por el contrario, es en cierto modo su representante, el encargado de expresarse en nombre del resto, el portavoz de los suyos, de los demás que forman el grupo humano, social o político a que pertenece. Decir grupo político no es decir grupo de partido. Los artistas se pueden dar hasta el lujo de militar en partidos unipersonales en los que sólo cabe su yo hinchado. O diluirse, por identificación completa, en los grandes partidos al uso donde su yo se conforma con repetir, como una oquedad adecuada, las consignas que lo mismo están destinadas al que no sabe hacer nada como a los que saben hacer bien muchas cosas. Estas son dos posiciones extremas pero los casos son infinitos como casi infinitos son los temperamentos artísticos.

Esa búsqueda del artista, cuyo testimonio es la obra de arte, no está sólo encaminada a encontrarse a sí mismo, procura, además, encontrar junto a su identidad la identidad de cuantos lo rodean en un momento determinado, en un día y en un lugar precisos.

El artista dominicano que hace arte, y ahora no cuentan los que se quedan en la acera sin poder entrar, por no llenar todos los requisitos, comparte con nuestros hombres de ciencia y en general con todos los dominicanos que tienen los dos dedos de frente reglamentarios, comparte, digo, el empeño de localizarnos como dominicanos, yendo de lo dominicano a lo universal o de lo universal a lo dominicano, o desentendiéndose por completo de las nociones dominicano y universal pues cada una a su modo son nociones limitativas.

El actual interés que sentimos, como lo prueban las estadísticas, por los libros de Historia, de nuestra Historia, y el interés que repercute en las cuentas de banco de cuantos logran ganar un nombre pintando, esculpiendo, cantando, soplando un instrumento o pulsando cuerdas, viene a demostrarlo también, aunque el fenómeno no nos haya movido a exámenes profundos. Somos gente que con triste frecuencia se conforma con los efectos importándole muy poco las causas.

Todos los que piensan, y hacer arte es una forma de darle forma concreta al pensamiento, todos los que piensan en este país se buscan a sí mismos, en su propio nombre y en nombre de la sociedad a que pertenecen.

Si cuanto he dicho necesita prueba fehaciente aquí está este conjunto de obras que hoy reúne la Universidad Católica Madre y Maestra, obras que firman pintores muy nuestros que ya rompieron la crisálida, para recordar unos versos de Rubén Darío.

Podrá decirse que es un conjunto de lo que puede hacerse cuando una severa mecánica del arte se pone al servicio de una fina naturaleza especialmente conformada, cuando lo que se sabe se hace útil a lo que se siente.

Es cierto, pero hay algo más: es, y esto hay que observarlo cuidadosamente, una serie no ordenada de preocupaciones, de ideales, de criterios, que tienen en común el anhelo de dar algo de sí que sirva, no en forma utilitaria desde luego, al otro que se le enfrenta transformado momentáneamente en espectador, apto para convertirse en gozador y no siempre, aclaro, gozar es entender. Muchas veces, y vengan en mi ayuda los fisiólogos y los amantes, gozar es tampoco un placer, algo que nos da gusto, fruición, para decirlo con la palabra exacta.

En esta exposición nos buscamos y nos hallamos. Los artistas, en este caso los pintores, nos dicen qué buscaron y qué encontraron. Y el espectador, con pleno derecho, puede buscar y con lo que aporte, porque si no aporta nada lo más recomendable es que salga a contar las estrellas del cielo de esta noche, encontrará también, no porque todo arte comience en el momento en que empezamos a aceptar sus convenciones específicas, sino porque todo "mensaje" necesita para ser recibido en forma clara y distinta un receptor adecuado, y Dios me perdone una comparación que por materialista y eléctrica debería dejar fuera de estas palabras que mi pasión enciende, un receptor

adecuado, reitero, como el de los teléfonos, el de la radio o el de la televisión.

El pasado, se ha dicho, hay que fabricarlo, mucho más el presente que se nos va entre los dedos como el agua que cae en chorro. Esta exposición es el fruto de esa fábrica de presente que los artistas han edificado para sujetar las horas que ruedan silenciosas hacia la eternidad.

22 de marzo del 1976.

Universidad Católica Madre y Maestro
BIBLIOTECA